TENÍA EL SOBRENOMBRE DE QUESADA[1]

Flora Ovares
Margarita Rojas G.

- Yo- dijo don Quijote-
no sé si soy bueno;
pero sé decir que no soy malo.

Las utopías que nos cobijaron y que dejamos atrás nos acercaron en el tiempo y el espacio. Cerrados tantos caminos, la academia y el arte fueron el lugar de encuentro y reconocimiento, espacios alejados de la cotidianidad en los que se difuminaban las fronteras.

En esos espacios aún se siente la presencia discreta de nuestro amigo y colega Alvaro Quesada: en la Universidad de Costa Rica, en la que trabajó 25 años, en los diversos congresos, en los que ofreció múltiples aportes al estudio de la literatura costarricense, en sus numerosos libros. Y también aquí, en la Universidad Nacional, con cuyos proyectos académicos siempre estuvo dispuesto a colaborar y donde impartió algunos cursos.

Sus estudios sobre el teatro, publicados en revistas nacionales y extranjeras, nutren también *En el tinglado de la eterna comedia. Teatro costarricense* (1995) y la *Antología del teatro costarricense* (1993). Su generosidad intelectual y el conocimiento de nuestros mutuos intereses, hizo que Álvaro nos invitara, junto con Carlos Santander, a trabajar con él en un proyecto sobre el teatro costarricense, coordinado desde Canadá, como parte de una historia del teatro latinoamericano. Si bien no cuajó para sus organizadores, pues la historia del teatro latinoamericano nunca se publicó, esos meses --entre setiembre de 1988 y marzo de 1989-- para nosotros se convirtieron en un tiempo inolvidable de intenso trabajo y camaradería. Las obras --"esas obritas" como decían Álvaro-- no motivaban nuestro entusiasmo tanto como el hecho de reunirnos, varios días a la semana, en la casa de Santander en San Joaquín de Flores. Generalmente no estábamos de acuerdo, y este desacuerdo metodológico se prolongó por muchos años. Sin embargo, como decía él, "en más de un momento coincidimos en nuestras pequeñas pasiones y compartimos la reflexión acerca del nacimiento del teatro en Costa Rica".

Cuando en 1986 Álvaro publicó *La formación de la narrativa nacional costarricense* (1890-1910), iniciábamos la investigación, a la que más tarde se unieron María Elena Carballo y Carlos Santander, que nos conduciría a la publicación de *La casa paterna* algunos años después, en 1993. En 1988 se nos adelantó nuevamente con *La voz desagarrada* (1917-1918), que es como la continuación del anterior y que muestra los vínculos entre la literatura y la identidad y la historia nacionales. Obviamente estas publicaciones provocaron cierto desasosiego en nuestro equipo aunque ya desde entonces la diferencia de las perspectivas teóricas y metodológicas no nos desanimó a continuar el proyecto.

Porque, en efecto, si por varios años transitamos juntos en el estudio de la literatura nacional, se trataba tal vez de caminos paralelos que sólo algunas veces se intersecaron. Álvaro tenía una preocupación central: más que el estudio de la literatura como tal, diríamos que le

[1] Publicado en *Letras* (Heredia: Universidad Nacional) n. 35 (2003) 7-10 y reproducido en *Rutas de subversión. La novela de los años cuarenta* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2010) 188-191.

interesaba el de los discursos ideológicos, y para esto utilizaba las obras literarias que más se prestaban a tal tipo de interpretaciones. En *La voz desgarrada* lo dice explícitamente: los acontecimientos políticos de principios de siglo determinan una "transformación paralela de los discursos ideológicos y literarios" (245); este cambio se entiende como la crisis y el agotamiento del dominio de la oligarquía costarricense lo que, aunado a la aparición de la plebe urbana y un nuevo tipo de intelectual, antiliberal y radical, produce al mismo tiempo el desgarramiento del discurso oligárquico - y en lo literario, del costumbrismo anecdótico y el naturalismo- y "la búsqueda de un nuevo discurso literario que tradujera su nueva experiencia histórica" (247).

Pero como las diferencias ideológicas y metodológicas no afectaban las cercanías de la amistad y el compañerismo, seguimos colaborando juntos y él siempre ofreció sus aportes en los seminarios, congresos y publicaciones a los que lo invitábamos constantemente.

Otra contribución importantísima de Álvaro a los estudios literarios son sus compilaciones bibliográficas. Un texto como *Bibliografía de la literatura costarricense: 1890-1940* (1995) en el que se recoge prácticamente todo lo escrito en el país en ese lapso así como buena parte de la crítica, es un punto de partida obligado para cualquier trabajo de interpretación. Hay quienes, encandilados por las últimas teorías, en ocasiones olvidan e incluso menosprecian este trabajo del investigador. Sin embargo, esta labor de paciencia permite fijar el corpus y determinar los rasgos de la literatura nacional. Así, el estudioso se orienta más atinadamente en relación con la metodología y se enriquece la discusión teórica.

Tal vez ayude a entender este trabajo de tantos años pensar en la orientación política de la generación a la que pertenece Álvaro, caracterizada por una escritura motivada en la construcción de una identidad: la latinoamericanidad, la nacionalidad, la identidad sexual o racial, autodefinición relacionada con el afán de separarse de toda manifestación del poder. El imperativo de buscar las raíces históricas e ideológicas de la identidad nacional que, en autores como Tatiana Lobo y Alfonso Chase se manifiesta en la opción por la novela histórica, se evidencia en él en la dedicación al estudio de los orígenes y desarrollo de las letras nacionales.

Hay que recordar, además, que en las mejores voces de esa generación se percibe el reconocimiento de varios Otros, la defensa de la diferencia y la aceptación de la multiplicidad de sujetos diversos, representados por ejemplo en las minorías raciales o sexuales. Esta actitud modeló el comportamiento de Álvaro, siempre atento ante el trabajo académico de sus colegas y respetuoso de cualquier opinión y punto de vista.

Por último, queremos llamar la atención sobre tres aspectos de *Uno y los otros* (1998), el último libro suyo que vio editado: primero, el análisis de los intertextos dostoyevskianos en *Pedro Arnáez*. Las reflexiones acerca de la novela de José Marín Cañas lo alejan de la discusión de los aspectos del nacionalismo y la identidad y lo enfrentan a nociones éticas más amplias y preguntas más apremiantes existencialmente. Además, el ensayo le permite mostrar su faceta de eslavista ya que estudió literatura y lengua rusa durante seis años en la Universidad de Leningrado. Es decir, lo aproxima a un aspecto de su identidad personal e intelectual que se había mantenido oculta para muchos de sus conocidos y alumnos.

En segundo lugar, sorprenden las dedicatorias. A diferencia de los libros anteriores, encabezados por bellísimas dedicatorias a sus familiares, este se ofrece a los que han partido: a su hermana Marianela "que sabía enseñar lo poco que vale la pena saber" y al poeta Rodrigo Quirós "hermano en las palabras y en los sueños y en el arduo viaje a tientas en la luz". Por último, el epígrafe, tomado de W.B Yeats: "Turning an turning in the widening gyre/ The falcon cannot hear the falconer;/ Things fall apart; the centre cannot hold..."

Al unir todos esos datos surge la pregunta: ¿Pensaría Álvaro que esas palabras se referían

a él? Las preguntas acerca de la identidad nacional, acerca de uno mismo y los otros, ¿no son acaso el disfraz de otras, las que interrogan por la más lejana e íntima verdad personal? ¿Y nuestro diario tejer y destejer palabras será acaso el gesto del halcón que trata de mantenerse en el centro del firmamento un poco más?

No lo sabemos. Sólo sabemos que poco después de escoger estas dedicatorias y este epígrafe, "como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente la vida de los hombres, y como no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba".